

ESCENA IV¹

Entran ROMEO, MERCUCIO, BENVOLIO con cinco o seis enmascarados y portan antorchas.

ROMEO: ¿Y? ¿Vamos a presentarnos con este discurso,
o nos colamos sin excusa alguna?

BENVOLIO: Ya pasaron de moda tales ceremonias:

no más Cupidos vendados con bufandas

y arcos tártaros de madera pintada:

espantajos para asustar a las damas;

ni discursos mal memorizados, farfullados
tras el apuntador, para anunciarnos.²

No; cualquiera sea el compás con que nos midan,
bailamos un compás y nos marchamos.

ROMEO: Dame la antorcha, que no estoy para bailes:
así la luz la lleva el eclipsado.

MERCUCIO: No, Romeo querido, queremos verte bailar.

ROMEO: Ni lo sueñes. Sus zapatillas de baile

los hacen volar por los aires; yo tengo

los pies de plomo y el alma por los pies.

MERCUCIO: ¿No estabas enamorado? Entonces pídele a Cupido
las alas prestadas, y échate a volar.

1. Domingo al anochecer, frente a la casa de los Capuleto.

2 Estos dos versos se encuentran en Q1, no en Q2-4 ni en F.

ROMEO Y JULIETA

ROMEO: Me ha bajado de un flechazo,
y ya no hay pluma que me levante.

Las que se volaron son mis esperanzas,
y así me hundo bajo el peso del amor.

MERCUCIO: Si en él te hundes, terminarás aplastándolo:
mucho peso para un ser tan delicado.

ROMEO: ¿Delicado? Es áspero, brusco y agitado:
es como una espina que se te clava.

MERCUCIO: Pues devuélvele golpe por golpe:
clávasela si te la clava, y bájale los humos.

Denme una caja para meter la cara. [*Se pone una máscara.*]

¡Una careta adentro de otra! Ahora
si me ven los defectos ya no importa:
esta mascarita se sonroja por mí.

BENVOLIO: Vamos, golpeemos y entremos, y una vez
adentro, a bailar se ha dicho.

ROMEO: Con mi antorcha me quedo. Que los de corazón
ligero le hagan cosquillas a los juncos del suelo;
yo me atengo al viejo proverbio:
seré el que le sostiene la vela al muerto,
pues muerto estoy para este bello juego.

MERCUCIO: ¡Bah! El muerto al hoyo y el vivo al bollo;
si estás muerto te sacaremos de ese barro
que llamas amor, en el que te has hundido
hasta las orejas. Vamos, que se nos va el día.

ROMEO: Ya se fue.

MERCUCIO: Quiero decir que esta demora
nos consume las antorchas de hora en hora.
No des vuelta mis palabras, que el buen juicio
desbaratas si las sacas de quicio.

ROMEO: ¿Sí? Meternos en esta mascarada,

ACTO I - ESCENA IV

amigo, de juicioso no tiene nada.

MERCUCIO: ¿Por qué?

ROMEO: Anoche soñé.

MERCUCIO: Yo también.

ROMEO: ¿Qué?

MERCUCIO: Que los soñadores suelen mentir.

ROMEO: Mas cuando duermen lo que sueñan es cierto.

MERCUCIO: ¡Ah! Veo que las puertas has abierto

a la reina Mab, la partera de las hadas:

es minúscula como el ágata que brilla

en el índice de un edil; sobrevuela

las narices de los durmientes en su coche

tirado por una cuadrilla de átomos,

labrado por la ardilla carpintera

o las larvas que a las hadas sirven,

en una cáscara de avellana;

de patas de araña son los rayos

de sus ruedas, de su tela las riendas,

y de alas de langosta la capota;

tiene rayos de luna por arneses,

y un látigo de muslo de grillo;

el cochero es un jején de gris librea,

más pequeño que el gusano que anida

en los dedos de la criada holgazana.

En tal pompa noche a noche cabalga

sobre las mentes de los enamorados,

y tienen sueños de amor; las rodillas

de los cortesanos, y hacen, en sueños,

reverencias; sobre dedos de abogados

que sueñan con honorarios, sobre

labios de damas, besados en sueños;

ROMEO Y JULIETA

aunque a veces la airada Mab los cubre
de llagas, pues apestan de tanta golosina.
Cuando galopa sobre sus narices
sueña el cortesano con mercedes;
sabe ponerse una cola de chanco
para hacerle cosquillas en la nariz
al cura, que sueña con gruesos diezmos;
cuando pasa sobre su cuello, el soldado
sueña con cortar gañotes foráneos,
con brechas, emboscadas, aceros
toledanos y profundos fondos blancos;
toca luego un redoble en su oído
y lo despierta; asustado, reza
y vuelve a dormirse. Ésta es la Mab
que trenza las crines de los caballos
y le apelmaza el pelo a las busconas,
para que padezcan al desenredarlo;
es la bruja que aplasta a las doncellas
cuando se echan de espaldas, y les enseña
a convertirse en bestias de carga;³
ella es la que...

ROMEO: Calla, Mercucio, calla.

Hablas de la nada.

MERCUCIO: Hablo de los sueños,

que son los hijos de la mente ociosa,
engendrados por vanas fantasías,
tenues como el aire sin substancia,
volubles como el viento que corteja

3. Les causa sueños eróticos, preparándolas para cargar con el peso de sus amantes y luego, con los de los bebés resultantes.

ACTO I - ESCENA IV

el helado corazón del norte,
y despechado se vuelve resoplando
a beber el rocío que el sur mana.

BENVOLIO: Ese viento del que hablas nos aleja
de la meta. Vamos, llegaremos tarde.

ROMEO: Temo que muy temprano. Mi corazón
recela del amargo desenlace
que de las estrellas pende y nace
en esta noche de fiesta, para dar término
con grave multa de muerte prematura
a la vida miserable que mi pecho encierra.
¡Sea! Me pongo en manos del piloto
que lleva el timón de mi nave. ¿Caballeros?

BENVOLIO: ¡Que suene el tamborín!

Cruzan el escenario marchando y se detienen a un lado.

ESCENA V¹

Entran CRIADOS con servilletas.

PRIMER CRIADO: ¿Dónde está Potpan, que no ayuda a levantar la mesa?
¡Él no te va a mover un plato, no! ¿Y rasquetearlo? ¡Menos!

SEGUNDO CRIADO: Si ponemos los modales en manos de quienes no se las lavan, quién nos salva de la cochambre.

PRIMER CRIADO: Llévense estos banquitos, corran esta mesada, ocúpense de los platos. Y sé buenito, guárdame un poco de mazapán y dile al portero que haga pasar a Susan Grindstone, y a Nell, Anthony y Potpan.

Sale SEGUNDO CRIADO.

¡Anthony! ¡Potpan!

Entran dos CRIADOS más.

TERCER CRIADO: Acá estoy, acá estoy.

PRIMER CRIADO: Los buscan, los llaman, los requieren, los procuran en el salón principal.

CUARTO CRIADO: No podemos estar en dos lugares al mismo tiempo, ¿no? ¡A ponerle garra, muchachos, y el último cola de perro!

1. La misma noche, el salón de fiestas en la casa de los Capuleto.

ROMEO Y JULIETA

Salen.

Entran CAPULETO, SEÑORA CAPULETO, JULIETA, TIBALDO con su PAJE, la NODRIZA, todos los huéspedes, llegándose hasta el grupo de ROMEO y sus amigos.

CAPULETO: ¡Bienvenidos, caballeros! Las damas sin juanetes
bailarán una pieza con ustedes.

Ahí las agarré, señoras mías. ¿Cómo
podrán negarse a bailar, ahora? Si se hacen
las estrechas, diré que tienen juanetes.

¡Bienvenidos! En mis tiempos yo también
supe llevar antifaz, y complacer
a las damas susurrando en sus oídos
bonitas historias. Ese tiempo, ay, pasó.

¡Bienvenidos, caballeros! ¡Músicos, a tocar!

Suena música.

¡Despejen la pista! ¡A mover el esqueleto!

Bailan.

¡Más luz, bribones, y corran esas mesas!

¡Y apaguen el fuego que nos asamos!²

¡Ah, compadre, qué bien me viene esta fiesta!

No, no, siéntate, primo Capuleto;

ya no estamos para estos trotes. ¿Cuándo
habrá sido la última vez que los dos
anduvimos de mascaritas?

2. Quizás Shakespeare se olvidó que estamos a mediados de julio, y en Italia. En Brooke, la fiesta tiene lugar hacia Navidad.

ACTO I - ESCENA V

PRIMO CAPULETO: ¿Treinta años?

CAPULETO: ¿Tanto? No, no puede ser.

Fue para las bodas de Lucencio,
hacia Pentecostés, hará veinticinco años
como mucho, ahí andábamos enmascarados.

PRIMO CAPULETO: Hace más, hace más, el hijo está grande;
como treinta, tiene.

CAPULETO: ¿Tanto? ¿Te parece?

Si hace dos años era menor de edad.

ROMEO [a un Criado]: ¿Quién es esa dama que engalana
la mano de aquel galán?

CRIADO: No lo sé, señor.³

ROMEO: ¡Le enseña a las antorchas a brillar!

Del rostro de la noche parece colgar
como una rica joya de la oreja
de un etíope; su belleza deja
atrás la de la tierra. Como paloma
blanca entre cuervos esta dama asoma
entre las otras. Al terminar la pieza
benedicirá su mano la rudeza
de la mía. ¿Amé hasta hoy? Lo niegan
mis ojos, que a su belleza se entregan.

TIBALDO: Ese es un Montesco, lo reconozco
por la voz. Tráeme mi espada, muchacho.

3. Resulta extraño que un criado de los Capuleto no conozca a Julieta. Hay quienes sugieren que se trata de uno de los criados (los "porta antorchas" de I, iv) que llegaron con Romeo y su grupo, pero sería más natural que Romeo le preguntara a un criado de la casa. Si se trata de un criado de los Capuleto, la aparente "incongruencia" puede tener solución escénica (el criado está muy ocupado y ni siquiera mira a la dama que Romeo le señala; el criado ha estado cuchicheando con Tibaldo y sospecha que Romeo es un Montesco, etc., etc.).

Sale Paje.

¿Cómo se atreve a venir el miserable
a burlarse enmascarado en nuestras barbas?
Nuestro honor familiar ha mancillado,
no creo que matarlo sea pecado.

CAPULETO: Qué te pasa, sobrino, que estás con esa cara.

TIBALDO: Se nos metió un Montesco, tío, para
escarnecer nuestra solemne fiesta
se nos metió con la careta puesta.

CAPULETO: El joven Romeo, ¿no?

TIBALDO: Sí, ese villano.

CAPULETO: Tranquilo, sobrino, déjalo en paz.

Se conduce como en perfecto caballero,
y, la verdad sea dicha, toda Verona
se ufana de su virtud y compostura.
Ni por todo el oro que hay en ella
dejaré que en mi casa se lo ofenda.
Tranquilo, no le prestes atención;
esta es mi voluntad: si la respetas,
cambia la cara, que estamos de fiesta
y las miradas torvas están fuera de lugar.

TIBALDO: Es la mirada que amerita tu huésped:
no lo voy a tolerar.

CAPULETO: Y yo, cachorro,

digo que vas a tolerar eso y más.
¿Me oíste? Maldita sea, ¿quién manda acá?
¿Tú, o yo? ¡No lo voy a tolerar!
¿Qué, vas a sublevarme a los invitados?
¿A buscar roña? ¿A hacerte el machito?

TIBALDO: Tío, es una vergüenza.

ACTO I - ESCENA V

CAPULETO: ¿Ah, sí?

¿Una vergüenza? ¡Un carajo! ¡Pendejo insolente! Te va a costar cara esta bromita. ¿Vas a llevarme la contra?⁴
-¡Muy bien, muchachos!- ¡Gallito presumido!
Cállate o -¡Más luz! ¡Más luz!- vas a ver lo que es bueno. -¡Alegría, alegría!

TIBALDO: Tiembla mi carne en la convivencia forzada de la furia y la paciencia: me voy, pero esta dulce invasión tuya te sabrá a hiel cuando esta historia concluya.

Sale.

ROMEO [*a Julieta*]: Si este santuario con mi indigna mano yo profano, mis labios, sonrojados peregrinos, aguardan preparados a excusarla con un beso cristiano.

JULIETA: Con esa mano y su fervor genuino, amable suplicante, sé indulgente, manos de santos toca el penitente, y palma con palma besa el peregrino.

ROMEO: ¿Y no tienen labios, el santo y éste?

JULIETA: Sí, mas para rezar guardarlos deben.

ROMEO: Que su virtud la mano al labio preste, y que los tuyos su plegaría aprueben.

JULIETA: Aunque otorgue, el santo no se mueve.

4. A partir de acá Capuleto se dirige alternadamente a Tibaldo y a los demás presentes.

ROMEO Y JULIETA

ROMEO: Pues quieta deja que el favor me lleve.⁵

La besa.

Así mis labios purgas de pecado.

JULIETA: Y los míos del tuyo quedan presos.

ROMEO: ¿El pecado de mis labios te has llevado?

Devuélvemelo.

Le da otro beso.

JULIETA: Son de libro, tus besos.

NODRIZA: Señora, su madre quiere hablarle.

ROMEO: ¿Quién es su madre?

NODRIZA: Qué pregunta, jovencito.

Su madre es la señora de esta casa,

una buena señora, virtuosa y sabia,

pero la leche que mamó fue mía.

Tienes buen ojo, el que le eche el lazo

se para para toda la cosecha.

5. Hasta acá, Romeo y Julieta componen juntos un soneto. Presentándose como peregrino que se aproxima a la imagen de una santa, Romeo toma 'indebidamente' la mano de Julieta, y al punto se ofrece a 'borrar' el sacrilegio besándola (su mano o sus labios). Julieta le sigue el juego: apelando al lenguaje de la devoción religiosa, retacea el beso argumentando que el peregrino besa palma con palma: su palma con la del santo o con la [hoja de] palma que solían llevar los peregrinos que regresaban de Tierra santa. Finalmente consiente, invitando al beso con la aclaración de que una imagen religiosa no puede besar, pero sí ser besada. La estructura seguida en esta traducción sigue la del soneto inglés o shakesperiano (tres cuartetos y un pareado) en lugar de la del español clásico (dos cuartetos y dos tercetos) ya que el pareado da lugar al beso: se besan a la vez los labios y los versos.

ACTO I - ESCENA V

ROMEO: ¿Es una Capuleto?

¡Deuda atroz! A mi enemigo estoy sujeto.

BENVOLIO: Vamos, que se acaba la función.

ROMEO: Lo sé, y en ella hallé mi perdición.

CAPULETO: No se vayan, caballeros, que la fiesta recién empieza. ¡Se pierden el postre!

Susurran en su oído.

¿Ah, sí? Entonces gracias, gracias a todos,
gentiles caballeros, buenas noches y gracias.
¡Traigan antorchas, y a dormir todos!
Eh, compadre, ya es hora de ir a la cama.

Salen todos excepto Julieta y la Nodriza.

JULIETA: Nodriza, ven, ¿quién es ese caballero?

NODRIZA: El hijo y heredero del viejo Tiberio.

JULIETA: ¿Y ese que ahora sale por la puerta?

NODRIZA: Ese... ese debe ser el joven Petruchio.

JULIETA: ¿Y el que lo sigue, que no quiso bailar?

NODRIZA: A ese no lo conozco.

JULIETA: Averigua su nombre.

La Nodriza se aleja

Si casado está
la tumba mi lecho nupcial será.

NODRIZA *[regresando]*: Su nombre es Romeo, es un Montesco,
hijo único de tu gran enemigo.

JULIETA: ¡Mi gran amor de mi gran odio nace,

ROMEO Y JULIETA

muy pronto visto, muy tarde conocido!
Temo que este amor me despedace,
pues nace de enemigo aborrecido.

NODRIZA: ¿Qué dices, niña?

JULIETA: Nada, unos versitos
que alguno me enseñó cuando bailamos.

Alguien llama '¡Julieta!'

NODRIZA: Vamos, ya no queda ni una careta.

Salen.